

Estructura social y prácticas sociales

Ana Aliende Urtasun

El eje que vertebra este artículo es el esclarecimiento del lugar que ocupan las prácticas sociales dentro del entramado del orden social, del orden *legítimo* (Weber) que para ser tal necesita ligar «las realidades simbólicas a las realidades sociales» (Grignon y Passeron, 1992). Con otras palabras, se trata de mostrar cómo creencias, imágenes, ideas y representaciones sociales son ininteligibles sin un trasfondo estructural y viceversa.

Tras señalar la importancia y las dificultades con que se encuentra el sociólogo a la hora de dar cuenta de la estructura social no en términos de «totalidad societaria», sino de *prácticas sociales* ordenadas en un espacio y en un tiempo, tal como propone Giddens (1995), entre otros, paso a resaltar cómo las transformaciones ocurridas particularmente en las últimas décadas han contribuido a una nueva reformulación y/o conceptualización. Éstas constituyen una prueba más de cómo la realidad social se imbrica en el pensamiento sociológico.

El lugar privilegiado que adquieren *individuo* y *práctica* en la reflexión sociológica actual ahonda sus raíces en la Escuela de Frankfurt y en el interaccionismo simbólico, pero la problemática que conlleva este tipo de análisis sólo es resuelta, en buena parte, por el pensamiento sociológico actual. De igual forma éste ha sido capaz de conceptualizar las relaciones e interacciones entre representaciones y conocimiento práctico, por un lado, y estructura social y prácticas sociales, por otro. El viejo problema de lo objetivo y de lo subjetivo, del peso que se otorga al individuo o a la sociedad, en nuestro caso a la estructura social, es resuelto mostrando sus imbricaciones e interrelaciones.

La propuesta que aquí defiende es un análisis dinámico de la estructura social en el que se interconecta acción y estructura, esto es, ubicar a los individuos en sus contextos específicos. Por un lado, capta la correspondencia entre las coordenadas del «espacio social» en sus tres dimensiones fundamentales, económica, cultural y simbólica vinculadas a la distribución de los grupos en ese espacio; y, por otro, da cuenta de la distribución de las prácticas y de las propiedades que son constitutivas

de los estilos de vida en que se manifiestan cada una de las condiciones.

Esta propuesta está basada en el modelo de Bourdieu, pero «*corregido*» en algunas matices importantes como son, en concreto, la introducción de un tercer momento metodológico que da cuenta del entramado institucional y la «subsumción» del concepto de «habitus» en parte en este tercer momento metodológico y en parte en el concepto de representación social.

La estructura social así entendida remite, en la práctica sociológica, por un lado, a la construcción de objetos específicos de investigación, ya que se concentra «en las relaciones sociales invisibles pero siempre presentes» (Bertaux, 1993, 30), y, por otro, a ejercer mecanismos de cautela epistemológica, sobre todo con respecto al material de segunda mano: estadísticas, indicadores sociales, etc. Dicho con otras palabras, la estructura social así entendida se revela como fuente primera de comprensión y explicación no solamente de todo proceso de «interiorización», sino también en buena parte del quehacer sociológico.

Los presupuestos de los cuales parto son dos: (1) «conceptos como “individuo” y “sociedad” no (...) remiten a dos objetos con existencia separada, sino a aspectos distintos, pero inseparables (...) y que ambos aspectos (...) sólo pueden comprenderse en un cambio estructural» (Elias, 1989, 16) y, (2) «en la reproducción de propiedades estructurales (...) los agentes también reproducen condiciones que hacen posible esa acción» (Giddens, 1995, 62).

De la negación al reconocimiento de las prácticas sociales

Algunos sociólogos, cuando investigan la estructura social de una determinada sociedad se refieren a la misma como aquel conjunto de elementos «empíricos», «fenomenales», que emergen, casi a simple vista, se podría decir, del agrupamiento de individuos que para subsistir física y socialmente desarrollan una actividad económica, poseen instituciones que ordenan esta

misma actividad y se dotan de un poder controlador en todos los ámbitos societales. Demografía, producción, dimensiones políticas y sociales, valores y religión, acostumbra a ser los tópicos más frecuentes. Otros convierten la estructura social en una especie de octópodo, valga la expresión, en el que a falta de una definición precisa de sus órganos, cada uno de ellos es estructuralmente importante.

Es, sin duda, a estos sociólogos, particularmente los primeros, a los que se refieren otros colegas al hablar de que tales estudios manifiestan una especie de «seguridad ontológica». «Nada tan perturbador, escribe Moya, como el asumir hipótesis científicas, más o menos controlables empíricamente, con valor de humanidad real que fue el observable supuesto empírico objetivo para la formulación de tales proposiciones» (1992, 47). Dicho con otras palabras, parece como si efectuando un análisis «empírico», «objetivo», de todos aquellos aspectos «estructurales» de la sociedad en cuestión fuera ésta amarrada de una sola vez y sin fisuras. «A veces los sociólogos, escribe Pérez-Agote, nos detenemos más en las cristalizaciones, en los hechos de estructura, lo cual, hasta cierto punto, nos produce una cierta tranquilidad» en lugar de reparar en el carácter dinámico de la realidad social «por lo que significa de disolución de la estructura y por lo que significa de aparición de nuevas formas que aspiran a conformar aquella» (Pérez-Agote, 1996, 11). El «conjunto de relaciones entre elementos» y a sus posibles configuraciones al que se refiere Carabaña (1995, 122) es otro ejemplo en el que se patentiza el juego fatuo de un término que a fuer de ser conjugado con uno u otro elemento queda sin contenido.

Al margen del limitado valor que en ocasiones posee para el conocimiento de la realidad social, incluida la estructura social, como señalaré más adelante, esta conceptualización posee profundas raíces disciplinares. Es el peso de la tradición primera el que, a la vez que otorga una tranquilidad al sociólogo ofrece también una seguridad, una certeza, a la sociedad. «La imaginación sociológica» encuentra un terreno abonado en la medida en que el futuro de la sociedad es menos previsible o, también dicho lo mismo de otro forma, cuando nadie ni ninguna sociedad pueden erigirse en garantes de la sociedad. Es lo que opina concretamente Bertaux (1993, 151).

Pero toda sociedad pretende hallarse segura a pesar de los cambios y es por ello por lo que se continúan fomentando tales estudios. Pegados a los orígenes y a las propias necesidades sociales éstos encuentran su legitimación académica y social. Lo confirma la propia lectura sociológica sobre el pasado de la disciplina.

Que los orígenes de la reflexión sociológica se hallan ligados intrínsecamente con el positivismo y con el «auge del Estado-nación occidental» (Pérez-Agote 1989, 15) ha sido puesto de manifiesto por muchos sociólogos. Se trata de dos realidades inextricablemente relacionadas históricamente y que determinan, en nuestro caso, el modo de entender la estructura social. El desarrollo progresivo de las sociedades occidentales en lo referente a la constitución de sus comunidades políticas, a su desarrollo económico, de urbanización, y en definitiva, los cambios acaecidos en la estructuración de los grupos que componen el nuevo entramado social que se estaba gestando fueron el escenario en el que primero se constituyó la sociología como ciencia y posteriormente se institucionalizó (Gouldner, 1979, 27). Los aspectos relevantes que para su estudio resultaban pertinentes tienen siempre que ver con un modelo de Estado que legitima su poder en términos nacionales y que, además, configura en base a la idea de progreso su modelo de sociedad.

En mi opinión es precisamente esta concepción de la realidad actual, de la realidad actual y de la realidad futura —concepción ideológica—, la que permite una utilización de los indicadores socio estructurales en términos de medida; de la medida de esta evolución. Todos aquellos datos referentes a procesos demográficos, de industrialización, urbanización, etc., se toman, en un primer momento, como base para dar cuenta del estado en que se encuentran las sociedades estudiadas, lejos de «cualquier pretensión de refinamientos metodológico o teórico» (Martín Moreno y De Miguel, 1978, 9).

Concepción ideológica y realidad objetiva se mezclan y confunden para presentar como única realidad la evolución social. «Como quiera que nadie se tomó el trabajo, escribe Elias, de diferenciar entre el pensamiento objetivo y el pensamiento ideológico en cuanto al concepto de evolución, se asoció sin más toda la esfera de problemas de los procesos

sociales a largo plazo (en especial los procesos evolutivos) con uno u otro de los sistemas de creencia del siglo XIX, en especial con la idea de que, tanto si es lineal sin conflictos como si es dialéctica con conflictos, la evolución social es siempre, de modo automático, una transformación en dirección a lo mejor, un cambio en la dirección del progreso» (1989, 20).

Pero esta visión y conceptualización de la realidad social y de la estructura social respectivamente habrían de sufrir profundas transformaciones conforme se transformaban las sociedades modernas. Son estas transformaciones las que hacen emerger la importancia de las prácticas sociales para una mejor comprensión de la estructura social, a la vez que son estas mismas transformaciones las que convierten en obsoletas, por ejemplo, la idea de progreso o de evolución continua y arborescente (Wallerstein, 1990, 415) e, incluso, la propia certidumbre en torno al futuro de la sociedad, tal como ya señalara Young hace aproximadamente tres décadas (1968, 2).

La revisión es, o, mejor dicho, debiera ser, radical. En opinión de Ramos la tarea debiera de pasar por analizar de «qué manera se presenta el tiempo o cómo se puede convertir el pasado en su pivote fundamental (...) (quedando así) abierta la posibilidad de construir conceptos temporales más complejos y analizar sus relaciones con las estructuras y procesos sociales» (1992, XIII).

Los cambios son, con frecuencia, paradójicos, cuando no contradictorios, al menos aparentemente. Si, por un lado, como escribe Ibáñez comentando al Maffesoli del *El tiempo de las tribus*, «la sociedad ha terminado» y de sus cenizas puede surgir «otra sociedad» al primar la «socialidad frente a sociedad» y la «identificación» frente a la «identidad» (1990, 15), por otro, sin embargo, nos hallamos en un mundo cada vez más jerarquizado y con mayores dosis de desigualdad «en el que la pobreza, la guerra, la violencia y la alienación campan por sus respetos» (Tortosa, 1992, 15). Este contexto remite, *por un lado*, a «procesos que llevan a la globalización, la creación de una cierta entidad mundial (...) Desde el ángulo de la población y desde el de cuatro subsistemas analíticos centrales (económico, cultural, militar y político) tanto en las diferentes sociedades como en el sistema mundial» (Tortosa, 1992, 18) y, *por otro*, a la necesidad de conec-

tar esta globalización con el contexto en el que los individuos desarrollan su existencia en realidades concretas a sabiendas, precisamente, de que «uno de los rasgos distintivos de la modernidad es, de hecho, una creciente interconexión entre los dos “extremos” de la extensibilidad y la intencionalidad: las influencias universalizadoras, por un lado, y las disposiciones personales, por otro» (Giddens, 1995, 9). Paralelamente a la globalización se da, asimismo, un «renacimiento o recrudescimiento en Europa de los nacionalismos que podemos llamar periféricos» (Pérez-Agote, 1989, 47).

El apacible océano en que navegaba la sociología parece haberse convertido en mar tenebroso, de perfiles difusos y de sombras amenazantes. Las viejas herramientas de la sociología no sirven; hay que inventar o imaginar otras, aunque sólo sea como «protesta contra la estructura que se impuso a la investigación sociológica desde su origen» (Wallerstein, 1990, 398) o contra la «crisis de abundancia» como opina Merton. «Las grandes transformaciones, escribe, que están teniendo lugar en gran parte del mundo ponen delante de los sociólogos la inmensa tarea de investigarlas efectivamente y de formular unas recomendaciones con base científica para intentar controlarlas» (1980a, 137). También Moya ha expresado algo similar con su lenguaje categórico, bien perfilado, aunque un tanto cargado de las voces de los antiguos profetas: «cuando los viejos parámetros de la clásica articulación política occidental hacen crisis, necesariamente se hacen obsoletos conceptos y esquemas analítico-hipotéticos sustancialmente vinculados a una teorización sociológica sobredeterminada políticamente por su propia *génesis* y desarrollo en el contexto del viejo sistema eurocéntrico de los Estados-nacionales» (1992, 44).

Dentro de los nuevos retos a los que se enfrenta la sociología en la actualidad se halla el análisis de la estructura social. ¿Cómo estudiar estas «nuevas» realidades? ¿Dónde se hallan los límites y fronteras entre los individuos y grupos de individuos? ¿Cuáles son las relaciones e interrelaciones de lo institucional y éstas con los individuos y/o grupos? ¿De qué forma se halla interconectado lo macro con lo micro? ¿Cuál es, en suma, la *conceptualización* que debe presentar la sociología en torno a la estructura social?

Se trata, como puede colegirse, de retos y tareas que su simple enunciación pueden provocar el desánimo más completo o, lo que viene a ser algo parecido visto desde otra perspectiva, la tentación a decir: «me quedo con lo que ha venido haciendo hasta ahora la sociología», recibiendo, a cambio, aquella «tranquilidad» y «seguridad» que otorga sentido a hombros de los «gigantes» de la disciplina. Es lo que hacen, en concreto y en mi opinión, quienes analizan la estructura social desde posiciones «objetivistas» y «subjetivistas», disociándose, buscando, por un lado, las raíces de la estructura social en acontecimientos externos a los individuos y, por otro, localizando en la conducta de los individuos y en sus relaciones las estructuras (Feito Alonso, 1995). Es la tranquilidad de que gozan también funcionalistas y estructuralistas.

Desde estas perspectivas todo queda aclarado: lo «objetivo» y lo «subjetivo» se requieren mutuamente pero únicamente son explicables de forma aislada. En el mejor de los casos por su interrelación. Es como se interpretan, incluso, las tradiciones teóricas históricas, en opinión de Alexander (1989, pp. 296-297). «En las sociologías de la comprensión, escribe Giddens, acción y sentido reciben el primado para explicar la conducta humana; los conceptos estructurales no tiene un relieve notable, y se habla poco de constreñimiento. En cambio, en el funcionalismo y el estructuralismo (en las acepciones dispares que se atribuyen a este concepto) alcanza el primado sobre la acción, y se acentúan con fuerza las cualidades restrictivas de la estructura» (1995, 40). Les ocurre algo similar a los análisis de la estructura social en términos de clase. En opinión de Carabaña es una alquimia producida por la mente del sociólogo que nada tiene que ver con la realidad. «Los esquemas de clase, escribe, son en realidad el producto de la disolución de las estructuras sociales. La fórmula para su producción podría ser algo como lo que sigue: tómense estructuras cuyos elementos son individuos, roles o acciones cualesquiera, rómpanse las relaciones que haya entre sus miembros de modo que estos queden flotando libremente y sométase el magma resultante a centrifugación hasta que se hayan reunido los elementos homogéneos. Una vez terminado el proceso, calcúlense los porcentajes. Se obtiene una descripción de la estructura social» (1995, 124).

Ciertamente que tales posicionamientos se enmarcan dentro de la principal discrepancia «entre las teorías marxistas y weberianas clásicas» (Burris, 1993, 130), pero deja sin resolver «el núcleo del debate contemporáneo» (Alexander, 1989, 12): los nexos que unen los factores estructurales con las realidades sociales de los individuos sin disolver ni unos ni otras.

En el panorama actual sociológico estructura social y realidad social son vistas no solamente como anverso y reverso de una misma realidad, sino inextricablemente entrelazadas. «Las interacciones, escribe Bourdieu, (...) esconden las estructuras que en ellas se realizan. Es uno de los casos donde lo visible, lo que es inmediatamente dado, esconde lo invisible que lo determina. (...) la verdad de la interacción no está nunca dada toda entera en la interacción tal como ella se ofrece a la observación» (1988a, 130). Y sobre percepciones, conocimiento y creencias de los actores sociales que tanta importancia se les otorga desde esta perspectiva, escribe lo siguiente: «si el mundo social tiende a ser percibido como evidente y a ser captado, para emplear los términos de Husserl, según una modalidad dóxica, es porque las disposiciones de los agentes, sus *habitus*, es decir las estructuras mentales a través de las cuales aprehenden el mundo social, son en lo esencial el producto de la interiorización de las estructuras del mundo social» (1988a, pp. 133-134). La misma opinión comparten Ferrarotti (1993, 142) y Bertaux (1993, 156), tratando de resolver, pienso, «el endiablado problema de la conexión entre las estructuras psicológicas individuales, esto es, de las llamadas estructuras de personalidad, y las composiciones que constituyen muchos individuos interdependientes, esto es, las estructuras sociales» (Eliás, 1989, 12).

El reconocimiento otorgado a las prácticas sociales imbricadas en la estructura social plantea el problema, ahora expresado en palabras de Pérez-Díaz, de «explorar los modos de encaje entre estructuras y decisiones» a sabiendas de que «los factores estructurales constriñentes y las decisiones limitadas o condicionadas de los actores (o tomadas con un cierto grado de libertad) son elementos interrelacionados y se requieren mutuamente como piezas de un solo proceso y una sola explicación» (1993, 42). Difícil problema no exento de un cierto atrevimiento, pero es precisamente lo que deseo aclarar a continuación.

El análisis de la estructura social

La ingenua imagen del científico, en nuestro caso del sociólogo, que recoge datos, los ordena y extrae conclusiones de tipo general, únicamente pervive como estereotipo en el pensamiento de algunas gentes o, tal vez, de muchas. Que «el hecho científico se conquista, se construye (y) comprueba», como escribiera Bachelard, es cada vez más un principio epistemológico ampliamente compartido (en Bourdieu, Chamboredon y Passeron, 1989, 25). La lucha «contra la ilusión del saber inmediato» (Bourdieu), la explicitación del «para qué se hace y se hace así» (Ibáñez), remiten al conocimiento sociológico, por su parte, a las condiciones de su producción. Presupuestos epistemológicos y objeto de investigación son consiguientemente elementos inextricablemente relacionados que el sociólogo no debe confundir (Alexander, 1989, 15). Ahora bien, como escriben Bourdieu, Chamboredon y Passeron, «la ruptura con las relaciones aparentes supone la construcción de nuevas relaciones entre las apariencias» (1989, 84). En el estudio de la estructura social cabe preguntarse, como primer paso, por «las regiones más importantes, aquellas regiones que sirven como pivotes entre las estructuras y los individuos, los campos sociales en los que la praxis autoobjetivadora del hombre y el esfuerzo universalizador de un sistema social se encuentran y se confrontan mutuamente de forma más directa» (Ferrarotti, 1993, 125).

Estas regiones, las regiones que sirven como pivotes entre las estructuras y los individuos son, en mi opinión, las representaciones sociales. Representaciones sociales que, como escribe Ibáñez Gracia, no solamente se hallan finamente zurcidas «por un conjunto de elementos de muy diversa naturaleza: procesos cognitivos, interacciones sociales, factores afectivos, sistema de valores» (1988, pp. 32-33), sino que, además, «son conjuntos dinámicos». «Su estatuto, escribe Moscovici, es aquel de una producción de comportamientos y de relaciones con el entorno, de una acción que modifica los unos y las otras y no el de una reproducción de estos comportamientos y de

estas relaciones, de una reacción a un estímulo exterior dado» (1976, 48).

Dilucidada la problemática que plantea la diferenciación entre concepto y representación y explicitado el conocimiento práctico en contraposición al conocimiento científico, la pregunta clave para el sociólogo es hallar el lugar, el campo social en que se encuentran las prácticas sociales y los elementos constrictivos de la estructura social.

El campo social en el que se realiza la «fusión», valga la expresión, de lo «objetivo» y de lo «subjetivo» son las interacciones. En ellas, «*relaciones objetivas*» en las que se halla el individuo y «*representaciones subjetivas*» que poseen esos mismos individuos mantienen una *relación dialéctica*, remitiendo constantemente la una a la otra o, dicho con otras palabras, no pudiéndose entender de forma aislada o separada. «Los puntos de vista (deben ser) aprehendidos en cuanto tales y relacionados con las posiciones en la estructura de agentes correspondientes», escribe Bourdieu (1988a, 129). Ferrarotti expresa la misma idea al referirse a lo que dicen los agentes sociales. «Las declaraciones personales, escribe concretamente, escapan al subjetivismo —impresionista, imprevisible, gratuito— en la medida en que se vinculan y se sueldan con situaciones objetivas, con datos de las condiciones concretas en las que el entrevistado o el “narrador” viven» (1993, 139) o, cuando tratando de la relación entre individuo y sociedad dice que «la sociedad totaliza a cada individuo específico por mediación de instituciones que la focalizan con una especificidad creciente respecto al individuo» (1993, 125).

Para un análisis dinámico de la estructura social es necesario, pues, interconectar acción y estructura, es decir, ubicar a los individuos en sus contextos específicos. Se trata, por un lado, de captar la correspondencia entre la estructura del espacio social en sus dos dimensiones fundamentales, económica y cultural, y la estructura del espacio de las propiedades simbólicas vinculadas a los grupos distribuidos en ese espacio y, por otro, de dar cuenta de la distribución de las prácticas y de las propiedades que son constitutivas de los estilos de vida en que se manifiestan cada una de las condiciones.

Pienso que el análisis de las clases sociales ha de ser realizado también dentro de esta

perspectiva, mostrando, por un lado, «cómo los contextos macroestructurales constrictivos los procesos individuales, y cómo las acciones y estrategias de los individuos a nivel micro afectan los estados macroestructurales» (Wright, 1993, 27) y, por otro, cómo no se trata únicamente de aspectos económicos, sino también de aspectos simbólicos. Aspectos económicos y aspectos simbólicos no obstante que, se requiere precisar, han de ser considerados coexistiendo en «proporciones diferentes según las sociedades y según las clases sociales de una misma sociedad», ya que «los individuos que componen una clase social determinada entran deliberada u objetivamente en relaciones simbólicas que al expresar las diferencias de situación y de posición según una lógica sistémica, tienden a transmutarse en *distinciones significantes*» (Bourdieu y Passeron, 1973, 86).

La estructura social, se puede colegir, es inconcebible sin que se halle fundamentada y legitimada por representaciones y símbolos, al igual que no son concebibles representaciones y símbolos que no se hallen anclados en una determinada estructura social y en la interacción de los individuos. Metodológicamente esta problemática teórica es susceptible de ser resuelta analizando y diferenciando los distintos niveles e instancias que concurren en el establecimiento de una estructura social concreta y determinada, con sus representaciones sociales también concretas y determinadas, así como también con sus prácticas sociales específicas.

Tomando como base la propuesta teórico-metodológica de Bourdieu pero matizada por otros autores, a continuación expongo los *momentos metodológicos* y las explicaciones teóricas que, en mi opinión, resultan claves para el análisis de la estructura social. Mi aportación específica consiste en la introducción del entramado institucional como momento metodológico. Se trata, pienso, de uno de los elementos clave ya que es la forma cómo se religan las prácticas a situaciones concretas y específicas. Además de este modo se hace innecesario el concepto de «habitus» al hallarse subsumido bajo el concepto de representación social y en el propio entramado institucional.

En el *primer momento metodológico*, se debe proceder construyendo *el espacio social* en el cual los individuos se hallan ubicados. Espacio social que se halla determinado por

«el capital económico, bajo sus diferentes formas, y el capital cultural y también el capital simbólico, forma que revisten las diferentes especies de capital cuando son percibidas y reconocidas como legítimas. Así los agentes son distribuidos en el espacio social global, en la primera dimensión según el volumen global de capital que poseen bajo diferentes especies, y, en la segunda dimensión, según la estructura de su capital, es decir según el peso relativo de las diferentes especies de capital, económico y cultural, en el volumen total de su capital» (Bourdieu, 1988a, 131).

Es esta construcción y/o reconstrucción del espacio social en el que se hallan los individuos la que posibilita al sociólogo:

1) Constituir a los individuos en grupos, aun a sabiendas de que no son grupos reales sino «una realidad conceptual», «una representación conceptual de una zona conceptualmente delimitada de la realidad» (Pérez-Agote) o «relaciones conceptuales entre problemas», que diría Weber (en Bourdieu, Chamboredon y Passeron, 1989, 51).

2) Acercarse a los condicionamientos que pesan sobre las acciones de los individuos; los individuos toman decisiones en unas condiciones dadas y no las toman tras efectuar un cálculo racional sobre costes y beneficios. Como escribe Merton «el proceso básico concebido como central en la estructura social es la *elección entre alternativas socialmente estructuradas*. Esto difiere del proceso de elección en la teoría del aprendizaje, en el que se concibe a las alternativas emitiendo estímulos que refuerzan o anulan. Difiere de ambos en que... la utilidad o refuerzo de una particular elección se considera como socialmente establecida, como parte del orden institucional» (1980b, pp. 149-150).

3) Comprender el modo en que se producen distintas trayectorias personales que tienen que ver con trayectorias de grupo, trayectorias de clase. El mantenimiento, reproducción y/o cambio de este espacio social —dimensión diacrónica de la realidad— hay que relacionarlo con las distintas estrategias de los grupos a la hora de conservar las ventajas asociadas a una determinada posición, teniendo, presente que «las propiedades estructurales de sistemas sociales existen solo con tal de que formas de conducta social se reproduzcan inveterada-

mente por un tiempo y un espacio. La estructuración de instituciones se puede comprender por referencias a actividades sociales que “se estiran” por amplios segmentos del espacio-tiempo» (Giddens, 1995, 22). Como afirma Bertaux «cualquier pauta de relaciones socio estructurales está experimentando continuas transformaciones y (...) el objeto real de pensamiento sociológico no son sólo las “socioestructuras”, sino también su *movimiento histórico*» (1993, 24). Es decir, la «dialéctica concreta, históricamente determinada, dotada de un espesor sociológico» (Ferrarotti, 1993, 142), y,

4) Deducir que estos agentes «tienen todas las posibilidades de tener disposiciones e intereses semejantes, de producir por lo tanto prácticas semejantes» (Bourdieu, 1988a, 131). Con ello, como afirma Giddens, se produce «un descentramiento del sujeto». No obstante este descentramiento «no acepto que (...) traiga consigo la evaporación de la subjetividad en un vacío inmenso de signos» sino que conlleva el estudio de las «prácticas sociales, inmersas en espacio y tiempo, (que) se consideran situadas en la raíz de la constitución tanto del sujeto como del objeto social» (Giddens, 1995, 23). El centro de interés del sociólogo, escribe este mismo autor, «no es la vivencia del actor individual ni la existencia de alguna forma de totalidad societaria, sino prácticas sociales ordenadas en un espacio y en un tiempo» (1995, 40).

Es particularmente el conocimiento de las *prácticas sociales* concretas que realizan los individuos constituidos en grupos —en una sociedad específica y en un tiempo concreto— el que posibilita al sociólogo, en un *segundo momento metodológico*, colegir las percepciones, representaciones que, de su situación «objetiva», poseen los agentes sociales. En la medida en que los individuos se hallan ubicados en distintos puntos del espacio social obtienen una percepción diferente de la realidad. La capacidad que desde distintas instancias se tenga de imponer una visión global, legítima para todos —de modo que estando situados en un punto del espacio aceptemos la totalidad del mismo— es la clave. Dicho con otras palabras, por un lado, «los agentes aplican a las estructuras objetivas del mundo social estructuras de percepción y de apreciación que salen de esas estructuras objetivas y

tienden por eso mismo a percibir el mundo como evidente» (Bourdieu, 1988a, 138); por otro lado, las luchas simbólicas a propósito de la percepción de ese espacio social se dan precisamente «por el poder de producir y de imponer la visión del mundo legítima» (Bourdieu, 1988a, pp. 136-137).

La exploración y análisis de este último aspecto es particularmente compleja ya que si, por un lado, como dice Merton, se han de tener en cuenta «las distribuciones sociales (es decir, la concentración y dispersión) de autoridad, poder, influencia y prestigio (que) comprenden estructuras de control social que cambian históricamente, en parte a través de procesos de “acumulación de ventajas y desventajas” en las personas que ocupan diversas posiciones estratificadas en esa estructura», por otra, esto último se halla sujeto «a procesos de reacción bajo condiciones muy poco conocidas», como recalca el mismo autor (1980a, 150).

Lo que está claro es que tanto el saber del sentido común como su legitimación son condiciones de realidad puesto que, como opina Beltrán, «la intersubjetividad es subjetividad compartida que, por serlo, produce la sensación de realidad que tan necesaria es para la vida», al mismo tiempo que este saber viene determinado «por la ideología de quienes son socialmente dominantes» (1991, pp. 29-30). O, como lo expresa Pérez-Agote, «uno de los aspectos centrales de la dominación social es su legitimación, es decir, aquel que precisamente hace referencia al mundo social de los sentimientos, las ideas, los discursos, en una palabra, el mundo de la subjetividad» (1989, 128).

También resulta complejo el problema de las representaciones sociales, como he señalado anteriormente. En mi opinión, en el paso del concepto a la representación social, una de las primeras cuestiones a dilucidar para su correcta aplicación, consiste en el paso del «conocimiento socialmente elaborado y compartido» a la construcción práctica de la realidad social del sujeto a través de la representación social o, en palabras de Jodelet, «a la construcción de una realidad común a un conjunto social» (1984, 474).

Los problemas teórico-metodológicos se resuelven, de acuerdo con los que han trabajado este campo desde distintos puntos de vista y/o perspectivas disciplinares, relacionando las representaciones sociales, *en primer lugar,*

con «las posiciones» y «las identidades sociales que ponen en juego los sujetos (sean individuales o colectivos)» (Jodelet, 1988, 490). *En segundo lugar,* la representación social hace referencia al grupo, entendiendo este como «entidad cognitiva que es significativa para el individuo en un momento determinado» (Tajfel, 1984, 291). *En tercer lugar,* hace referencia y/o se halla relacionada con las categorizaciones que realizan los propios individuos dentro del grupo. Esto es, las categorías cognitivas que, a la postre, refuerzan la cohesión y la solidaridad social (Douglas, 1986, 19).

La aplicación del modelo teórico-metodológico expuesto en las páginas anteriores en casos concretos no es fácil, pero tampoco imposible, pienso, ya que, si bien, «la propia realidad incorpora en sí misma, y como parte constitutiva de sí misma, escribe Ibáñez Gracia, una serie de características que provienen de la actividad desarrollada por los individuos en el proceso que les lleva a formar su propia visión de la realidad» (1988, 19) la construcción del *espacio social*, entendido no «únicamente (como) aquel espacio habitado (el “pueblo”) o utilizado (la “tierra”), sino el conjunto de relaciones sociales (tanto internas como externas) históricamente definidas, que sustentan, constituyen y dan contenido a aquellos», posibilita constatar «las ideas, imágenes y representaciones que les están asociados» (Devillard, 1993, 44, nota 2).

Pues, como afirma Bourdieu, las personas «no son de cualquier parte, es decir intercambiables, como lo pretenden aquellos que niegan la existencia de “clases sociales” y que en función de la posición que ocupan en este espacio muy complejo, se puede comprender la lógica de sus prácticas y determinar, entre otras cosas, cómo clasificarán y se clasificarán, y, llegado el caso, cómo se pensarán como miembros de una “clase”» (1988a, 58).

También la construcción del espacio social posibilita constatar, *tercer momento metodológico*, el *entramado institucional* en el que las relaciones de interdependencia entre los distintos elementos –niveles sociales, esferas de status, grupos de interés, asociaciones organizadas, élites científicas o académicas, partidos políticos, etc.– se formalizan.

Es dentro de este entramado institucional donde se producen las tipificaciones recípro-

cas «de acciones habitualizadas por tipos de actores» (Berger y Luckmann, 1968, 76) entendiéndolo, siguiendo a Pérez-Díaz, que los actores reaccionan «ante las situaciones inmediatas y las respuestas de los otros actores, dentro del marco de unas tradiciones preexistentes que moldean sus preferencias y sus definiciones de la situación». «Por “tradiciones”, sigue el mismo autor, entiendo aquel repertorio de instituciones (reglas y expectativas), y prácticas culturales (esto es, creencias y enunciados normativos encarnados en rituales, mitos o ideologías), que ha terminado por formar parte, regular y esperada, de la vida cotidiana.

La cultura y las instituciones forman un entramado, ya que las instituciones son portadoras, o vehículos, de cultura, a la vez que funcionan como mecanismos reforzadores de la misma. Las instituciones, por ello, ofrecen una estructura de plausibilidad, o de viabilidad, a los valores y las creencias» (1993, 21).

Dicho con otras palabras, «las instituciones “surgen” en la acción, y una vez surgidas, “gobiernan” por su parte la acción a través de normas internalizadas y obligaciones externas» (Luckmann, 1996, 10). En este mismo sentido, entiendo «la sociedad como “producto” de la acción y la acción como “producto” de la sociedad» (Luckmann, 1996, 89) y el contenido de la estructura social «tiene que ver con instituciones, culturas, formas de vida social, relaciones sociales; en otras palabras con la textura real de la vida social tal como la gente vive» (Bertaux, 1993, 22).

En definitiva, creo que a) toda acción debe ser ubicada en el marco en el que se produce. Para ello b) es preciso entender la acción como algo que implica un conocimiento práctico del funcionamiento de la sociedad. En este sentido c) las estructuras sociales se conciben como medio y resultado de las prácticas que constituyen los sistemas sociales. Y, finalmente, d) se ha de considerar siempre la dimensión temporal como intrínseca a cualquier proceso, a cualquier realidad social.

La estructura social así entendida remite, en la práctica sociológica, como afirmaba más arriba, a la construcción de objetos específicos de investigación ejerciendo mecanismos de vigilancia epistemológica con respecto a la utilización de material elaborado a sabiendas de que cualquier recogida de información conlleva una teoría subyacente desde la que se selec-

cionan los datos. Hasta «los *data* más ricos no podrían nunca responder completa y adecuadamente a los interrogantes para los cuales no han sido contruídos» (Bourdieu, Chamboredon y Passeron, 1989, 55). En el sentido propuesto, la estadística, cuadros de edad, nivel de ingresos, etc., cada prueba empírica, en definitiva, sirve a la comprensión de cualquier determinada red de relaciones sociales.

Ocurre algo parecido con los indicadores sociales. De este modo tomaremos precauciones a la hora de valorar los distintos indicadores sociales. Pues, si bien «el indicador social es (...) el mediador entre la teoría y la realidad empírica, es la operacionalización del concepto», si este carácter indicador no viene «determinado por un determinado modelo teórico, sino más bien por un recetario de investigación aplicada» nos encontramos con que «la fetichización de las técnicas y de la cuantificación arruinan dos dimensiones claves del acontecer científico: la decisión de los problemas que debemos y queremos investigar, por un lado, y su planteamiento teórico, por el otro, que define la realidad empírica a investigar y, por tanto, sus variables fundamentales» (Pérez-Agote, 1989, pp. 114-115).

Como escribe también Bertaux, «la cuestión de la relación de técnicas no es una cuestión técnica» (1993, 25). Nuevamente, quiero recordar, que desde la teoría propuesta es posible comprender las relaciones entre variables. De lo contrario, como escriben Bourdieu, Chamboredon y Passeron, «por el hecho de que toda taxonomía implica una teoría, una división inconsciente de sus alternativas, se opera necesariamente en función de una teoría inconsciente, es decir casi siempre de una ideología» (1989, 69).

Desde esta perspectiva, no se puede olvidar que cualquier clasificación social conlleva la intención de organizar la percepción que los individuos poseen del mundo social e incluso «en ciertas ocasiones, pueden organizar realmente el mundo mismo» (Bourdieu, 1988a, 140). De ahí el gran interés existente a propósito de la existencia o inexistencia de determinados grupos pues «es el poder político por excelencia: (...) El poder de hacer grupos, de manipular la estructura objetiva de la sociedad» (Bourdieu, 1988a, 141). A fuer de decir que determinadas clases o grupos existen, se puede conseguir realmente su existencia para

los individuos; o, al otorgarles una legitimación científica añadida se contribuye aún más a su constitución.

Pienso que el planteamiento propuesto integra las posturas tradicionales «objetivistas» y «subjetivistas». Éste elude «el realismo de la estructura al cual el objetivismo, (...) conduce necesariamente cuando hipostasia esas relaciones tratándolas como realidades ya constituidas fuera de la *historia* del individuo y del grupo, sin caer no obstante en el subjetivismo, totalmente incapaz de dar cuenta de la necesidad de lo social» (Bourdieu, 1991a, pp. 91-92).

El dejar fuera, en un primer paso a los individuos —«momento necesario de la ruptura con la experiencia primera y de la construcción de las relaciones objetivas»— y volver luego a la práctica —«lugar de la dialéctica del *opus operatum* y el *modus operandi*, de los productos objetivados y los productos incorporados de la práctica histórica» (Bourdieu, 1991a, 92)— posibilita tanto una construcción teórica lo menos cargada de presuposiciones ideológicas como «un conocimiento del conjunto», de aquello a lo que la gente normalmente no puede acceder. «La cotidianidad es el sector de la acción práctica, de la praxis» (Luckmann, 1996, 11). Es también donde la gente aprende creyendo que posee de él un conocimiento «privado», cuando en realidad es «intersubjetivo o socializado desde el principio», como escribe Schütz (1974, 42).

Tarea del sociólogo es precisamente hacer posible «un conocimiento del conjunto», «una comprensión del movimiento histórico del todo» (Bertaux, 1993, 30). Nada mejor para ello que el estudio de la estructura social tal como ha sido propuesto, desde y en las prácticas sociales. La religación de las prácticas con el espacio a través de las instituciones.

BIBLIOGRAFÍA

- ALEXANDER, J. C., 1989, *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial. Análisis multidimensional*. Barcelona, Gedisa (1987).
- BELTRÁN, M., 1991, *La realidad social*. Madrid, Tecnos.
- BERGER, P. L. y LUCKMANN, T., 1968, *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu (1966).
- BERTAUX, D., 1993 (1983), «De la perspectiva de la historia de vida a la transformación de la práctica sociológica». En Marinas, J. M. y Santamarina, C., *La historia oral: Métodos y experiencias*. Madrid, Debate, pp. 19-34.
- BOURDIEU, P., 1988a, *Cosas Dichas*. Buenos Aires, Gedisa (1987).
- BOURDIEU, P. y PASSERON, J. C., 1973, *Los estudiantes y la cultura*. Buenos Aires, Labor (1964).
- BOURDIEU, P.; CHAMBOREDON, J. C. y PASSERON, J. C., 1989, *El Oficio del sociólogo*. Madrid, Siglo XXI (1968).
- BURRIS, V., 1993 (1987), «La síntesis neomarxista de Marx y Weber sobre las clases». Carabaña, J. y Francisco, A. de (comps.), *Teorías contemporáneas de las clases sociales*. Madrid, Ed. Pablo Iglesias, pp. 127-156.
- CARABAÑA, J. (ed.), 1995, *Desigualdad y clases sociales. Un seminario en torno a Erik O. Wright*. Madrid, Fundación Argentina-Visor.
- DEVILLARD, M. J., 1993, *De lo mío a lo de nadie. Individualismo, colectivismo agrario y vida cotidiana*. Madrid, CIS-Siglo XXI.
- DOUGLAS, M., 1986, *How institutions think?* Nueva York, Syracuse University Press.
- ELIAS, N., 1989, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México, F.C.E. (1977).
- FEITO ALONSO, R., 1995, *Estructura social contemporánea. Las clases sociales en los países industrializados*. Madrid, Siglo XXI.
- FERRAROTTI, F., 1993 (1980), «Las biografías como instrumento analítico e interpretativo». En Marinas, J. M. y Santamarina, C., *La historia oral: Métodos y experiencias*. Madrid, Debate, pp. 129-148.
- GIDDENS, A., 1995, *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona, Península (1991).
- GOULDNER, A. W., 1979, *La sociología actual. Renovación y crítica*. Madrid, Alianza, (1973).
- GRIGNON, C. y PASSERON, J. C., 1992, *Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y en literatura*. Madrid, La Piqueta (1989).
- IBÁÑEZ, J., 1990, «Introducción». En Maffesoli, M., *El tiempo de las tribus. El declive del individualismo en las sociedades de masas*. Barcelona, Icaria, pp. 21-32 (1988).
- IBÁÑEZ GRACIA, T. (coord.), 1988, *Ideologías de la vida cotidiana*. Barcelona, Sendai.
- JODELET, D., 1988, «La representación social: Fenómenos, concepto y teoría». En VV.AA., *Psicología Social II. Pensamiento y vida social. Psicología social y problemas sociales. Cognición y desarrollo humano*. Barcelona, Paidós, pp. 469-494 (1984).
- LUCKMANN, T., 1996, *Teoría de la acción social*. Barcelona, Paidós (1992).
- MARTÍN MORENO, J. y DE MIGUEL, A., 1978, *La estructura social de las ciudades españolas*. Madrid, CIS.
- MERTON, R. K., 1980a, *Ambivalencia sociológica y otros ensayos*. Madrid, Espasa-Calpe (1976).
- MERTON, R. K., 1980b, *Teoría y estructuras sociales*, México, FCE (1949).
- MOSCOVICI, S., 1976, *La psychanalyse. Son image et son public*. París, Presses Universitaires de France (1961).
- MOYA, C., 1992, «Límites de la sociología», *Claves de la Razón Práctica*, n.º 25, septiembre, pp. 41-47.
- PÉREZ-AGOTE, A., 1989, «Hacia una concepción sociológica de la nación». En Pérez-Agote, A. (ed.), *Sociolo-*

- gía del nacionalismo*. Bilbao, Universidad del País Vasco-Gobierno Vasco.
- PÉREZ-AGOTE, A., 1996, «La sociedad se difumina, el individuo se disgrega. Sobre la necesidad de historizar nuestras categorías». Pérez-Agote, A. y Sánchez de la Yncera, I. (eds.), *Complejidad y teoría social*, Madrid, CIS, pp. 11-32.
- PÉREZ DÍAZ, V. M., 1993, *La primacía de la sociedad civil*. Madrid, Alianza.
- RAMOS TORRE, R. (comp.), 1992, *Tiempo y sociedad*. Madrid, CIS-Siglo XXI.
- SCHÜTZ, A., 1974, *El problema de la realidad social*. Buenos Aires, Amorrortu (recop. 1962).
- TAJFEL, H., 1984, *Grupos humanos y categorías sociales*. *Estudios de psicología social*. Barcelona, Herder (1981).
- TORTOSA, J. M., 1992, *Sociología del sistema mundial*. Madrid, Tecnos.
- WALLERSTEIN, I., 1990, «Análisis de los sistemas mundiales». En Giddens, A.; Turner, J. y otros, *La teoría social hoy*. Madrid, Alianza, pp. 398-417 (1987).
- WEBER, M., 1964, *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. México, FCE (1922).
- WRIGHT, E. O., 1993 (1989), «Reflexionando, una vez más, sobre el concepto de estructura de clases». En Carabaña, J. y Francisco, A. De (comps.), *Teorías contemporáneas de las clases sociales*. Madrid, Ed. Pablo Iglesias, pp. 17-125.
- YOUNG, M. (ed.), 1968, *Forecasting and the social science*. Londres, Heinemann.

LIBROS RECIBIDOS

FAYA, A. J. y RODRÍGUEZ, P.P.: *El despliegue de un conflicto*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1993.

INFESTAS, A. M. y LAMBEA, M.: *Los intereses de la sociología actual*, Barcelona, Proyecto A. Ediciones, 1997.

LUXÁN, J. M.^a (ed.): *Política y Reforma Universitaria*, Barcelona, Cedecs Editorial, 1998.

MARTÍN CRIADO, E.: *Producir la juventud*, Madrid, Itsmo, 1998.

SEGRERA, M.: *Los racismos en las Américas*, Madrid, IEPALA, 1998.

UBIETA GÓMEZ, E.: *Ensayos de Identidad*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1993.

UNIÓN SINDICAL DE CC.OO. MADRID-REGIÓN: *Crecimiento, empleo y reducción del tiempo de trabajo*, Madrid, Ediciones GPS, 1998.